

**Elías PINO ITURRIETA, *El divino Bolívar.*
Ensayo sobre una religión republicana,
Madrid, Los libros de la Catarata, 2003**

Ciento sesenta y nueve años de inmenso paréntesis parece haber vivido Venezuela cuando despierta en medio del proceso constituyente de 1999 bajo la guía del presidente Hugo Chávez. La propaganda oficial se encarga de forma reiterada de “negar” cualquier vestigio positivo en el lapso comprendido desde la disolución de la Gran Colombia hasta las postrimerías del segundo mandato del Dr. Rafael Caldera.

Pero esa “negación” de toda la historia vivida en Venezuela sin el protagonismo, incidencia directa o faro esclarecedor de Simón Bolívar, no es una novedad en los tiempos en que Chávez ocupa el cargo de Jefe de Estado y se propone adelantar su llamada “revolución”, precisamente bautizada con el nombre del más ilustre de los caraqueños. La descalificación a todo lo acontecido luego de 1830 es una añeja práctica de muchos prohombres, burócratas, intelectuales, estadistas y gente común y corriente, que coinciden en un aspecto emblemático de nuestra vida republicana: la veneración al Libertador.

Elías Pino Iturrieta dedica no pocas páginas de su obra, *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*, a analizar el reiterado empeño que en cada época de la historia contemporánea venezolana persiste para elevar a los altares de la devoción vernácula la gesta emancipadora –bajo la única perspectiva de Bolívar– haciendo un antes y un después del proceso político, social y castrense que nos llevó a la autonomía absoluta con respecto a España y nuestra posterior unión con Bogotá y Quito. El rechazo a la colonia y a la fundación de la república tras el fracasado ensayo de Colombia, hace un largo tránsito desde el siglo XIX y se cuela en el discurso de los actores de turno en la víspera del tercer milenio, ya que “Venezuela contemporánea

es el campo del error y, por consiguiente, el laboratorio de la invención robinsoniana. La sociedad ha perdido el siglo XX y, por consiguiente, en el siglo XXI debe recuperar tiempo”.

Pino Iturrieta, recientemente electo por unanimidad como Director de la Academia Nacional de Historia, prosigue en *El divino Bolívar* una línea de investigación, análisis e interpretación, que le han sido característicos, como lo es la independencia y el siglo XIX, pero ahora extendiendo el espectro temporal hasta nuestros días, obligado por las circunstancias que la naturaleza del trabajo le exigen. Ya antes nos había entregado *La mentalidad venezolana de la emancipación; Contra lujuria, castidad; Las ideas de los primeros venezolanos; Positivismo y gomecismo; El pensamiento conservador; Nueva lectura de la Carta de Jamaica; Ventaneras y castas, diabólicas y honestas; Juan Vicente Gómez y su época; Cipriano Castro: epistolario presidencial; La mirada del otro. Viajeros extranjeros en la Venezuela del siglo XIX; Fueros, civilización y ciudadanía; Venezuela metida en cintura y País archipiélago*, entre otros. El autor es articulista del diario *El Universal* y sus opiniones son transmitidas con frecuencia en los medios radioeléctricos del país. Es Doctor en Historia por el Colegio de México y Licenciado en Historia por la Universidad Central de Venezuela. Profesor Titular de la Universidad Central de Venezuela. Fue Decano de la Facultad de Humanidades de la UCV y Presidente de la Fundación Celarg y dirige en la actualidad el Instituto de Investigaciones Históricas “P. Hermann González Oropeza, sj” de la Universidad Católica Andrés Bello.

En el libro que nos ocupa la presente reseña, Elías Pino Iturrieta revisa los hitos más destacados de lo que califica como una patología nacional la exagerada reverencia al héroe mitificado, convertido en semidios de un culto colectivo que raya (y seguro traspasa) los límites de la cordura. Nos lo presenta a modo de ensayo, sin negar que la subjetividad de quien escribe sus treinta y cuatro capítulos, esté presente, aunque ello no signifique una lejanía del rigor de la investigación histórica, entendida como ciencia social. “Tal vez la subjetividad distanciada de los rigores de lo historiográfico rinda mayores servicios, o provoque suficientes ronchas como para que el asunto llame la atención de los acólitos cautivos”.

El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana, comienza su recorrido por algunas interesantes referencias de lo que es y ha sido el tratamiento de los héroes patrios en diversas latitudes, y a modo comparativo con el caso

venezolano. Irónicamente por esta parte del mundo tuvimos hombres de hazañas más reales y verificables que eventos propios de fábulas y leyendas que exhiben otras culturas, y sin embargo despojamos a los próceres de su condición humana para acercarlos al Olimpo. “En adelante los próceres de la Independencia, especialmente el Libertador, se convierten en símbolos patrios, junto con el himno y con la bandera nacionales”.

Pero en un principio la veneración a Bolívar no sale de cenáculos, de estrategias propagandísticas oficiales, o de los desvaríos del mandamás de turno. Una suerte de sincretismo entre lo religioso y lo terreno experimenta la figura del Padre de la Patria, cuando de forma espontánea algunas comunidades del interior del país lo utilizan cual santo en procesión. Ya consolidada la religión nacional, las manifestaciones mágico religiosas con Bolívar serán un elemento cotidiano de la idiosincrasia criolla, como el caso del extendido culto a María Lionza. “Bolívar está a la cabeza de la Corte Libertadora junto con famosos guerreros de la independencia”.

No es una idea peregrina pensar que al pretender el establecimiento de una “Religión Nacional”, se erija –aunque no de manera formal– toda una estructura que se acerque al modo de funcionamiento de los cultos que los individuos profesan para ganarse el cielo y evitar el infierno. Lo llamativo es que representantes encumbrados del credo mayoritario hagan también la metáfora divina con el hijo de don Juan Vicente Bolívar, utilizando la tribuna donde deberían adorar a Jesús crucificado. El cardenal José Humberto Quintero es un ejemplo de la iglesia militante: “El prelado renueva la noción del pecado original desarrollada por Juan Vicente González en 1842, hasta el punto de presentarla como única explicación de las catástrofes que supuestamente sufre la sociedad en el futuro”.

No faltan las alusiones a un proceso inquisidor, a persecuciones, censura y autocensura, cuando el honor del más ilustre venezolano puede estar en tela de juicio. Se sugieren hasta “manuales de estilo” y casi se elabora un listado de calificativos prudentes e imprudentes en torno al Hércules americano. La ciencia no estará ausente del debate sobre la espiritualidad que une al pueblo y sus líderes, y se deja claro que los dogmas de la fe patriótica no pueden ponerse a prueba en un laboratorio. En 1916 Diego Carbonell es el hereje de moda, cuando se atreve a insinuar que Bolívar sufría de un cuadro epiléptico: “La respuesta de célebres académicos y más tarde una catarata

de impropiedades volcada desde numerosos lugares a través de las plumas más disímiles, da cuenta de cómo se protege con truenos la reputación del héroe frente a un tema juzgado como fundamental”.

Sin embargo, lo que más impacta es la transformación del hombre fuerte de cada época en el “sumo pontífice” de la adoración bolivariana. Presidente constitucional o jefe de facto, poco importa el estatus legal en el poder ejecutivo para secuestrar al San Simón y utilizarlo como el “escapulario ajeno” con el que se persigue una indulgencia por toda la eternidad. Así será el proceder —relata Pino Iturrieta— de José Antonio Páez, Antonio Guzmán Blanco, Juan Vicente Gómez, Eleazar López Contreras y Hugo Chávez Frías. En este punto el autor ya ha hecho una salvedad importante, que disipa cualquier supuesto de antipatía hacia el héroe y su legado: “La guerra es contra los pontífices que se anuncian como sucesores y continuadores del grande hombre mientras martirizan a sus pueblos o los conducen al precipicio”

Más claro se verá en las páginas finales, pero el objetivo no es desmerecer las más de dos décadas de vida pública y evidente protagonismo de Simón Bolívar en nuestra historia, sino llamar la atención sobre los crímenes que contra natura cometen sujetos convertidos en vehementes pastores. Endiosar a Bolívar conlleva a fabricar un portaaviones donde el capitán de la nave roce los predios celestiales en medio de palpitantes oraciones, como será verificable en la era del Ilustre Americano: “¿No son evidencia del comienzo de un culto subordinado en los más groseros términos? ¿No reflejan cómo se ha puesto Guzmán a inflar el globo bolivariano para elevarse desde el piso hacia las alturas?”.

Uno de los mayores aportes (tal vez también de sus mayores riesgos) que *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*, es el hecho de ser escrito en momentos en los que se vive un resurgir estruendoso de la adoración hacia El Libertador. Significa riesgo porque podría implicar más subjetividad (y hasta sesgo) cuando no es sólo la historia lo que está en la palestra para ser analizada, sino una coyuntura política particular, donde Elías Pino Iturrieta ha tomado partido de forma pública y notoria. Aún así el libro será, a la vuelta de algunas décadas, una fuente primaria importante para quien estudie los tiempos del teniente coronel de Sabaneta de Barinas.

La Revolución Bolivariana de los conjurados del 4 de febrero de 1992, que finalmente llega a Miraflores por la puerta principal, alfombra roja y honores,

en 1999, justifica nuevos análisis de la patológica veneración al Padre de la Patria. No puede verse el libro que reseñamos como la continuación mejorada o segunda parte de *El culto a Bolívar*, de Germán Carrera Damas, aunque el propio Pino Iturrieta destaque su aporte al trabajo que desarrolla y sea además un texto con el valor de los que marcan un antes y un después de la historiografía nacional. En todo caso Carrera Damas será una (importantísima sin duda) de las más de cien diversas fuentes que el Director de la Academia Nacional de Historia utilizará para ahondar en su ensayo.

El Bolívar que ha servido para justificar tiranos y maquillar la mediocridad de la inacción del Estado; el mismo general que inspira a fascistas y comunistas; el que lleva al reencuentro de la grandeza perdida a españoles y americanos, podría ocupar un sitio en la conciencia colectiva sin la abultada carga de irracionalidad que lo convierten en un monumento abstracto, manoseado por todos, pero incomprendido por la mayoría.

Una primera “salida” que propone Elías Pino Iturrieta a la desmedida veneración es permitir que otros personajes sean considerados como dignos de admirar, y que sus ideas no necesariamente sean respetadas en tanto prosigan la línea trazada por El Libertador. Una variedad de hombres y mujeres que encuentren cabida en la cotidianidad de los venezolanos, sin que sus posturas sean de lejos coincidentes con las de Bolívar. “El politeísmo no sería ahora una multiplicación de dioses, sino el testimonio de que la sociedad se eleva por propia decisión a los altares porque requiere que muchos de sus semejantes y muchas de sus épocas la representen y exhiban sus conquistas”.

Venezuela es más que la gesta de la independencia, y los anacrónicos intentos por imitarla o repetirla en la era del ciberespacio, la clonación, la robótica y la conquista de Marte. Somos por lo que había antes de 1498, por lo que vino luego, por la ruptura del orden colonial, pero también por lo que acertamos o fallamos en nuestros sucesivos ensayos por encontrar la mejor forma de convivencia, el mejor modelo de sociedad y de nación. Venezuela no se detuvo en 1830, aunque a algunos convenga lo contrario.

Juan Ernesto Páez-Pumar O.
Universidad Católica Andrés Bello